

que en su misma patria (*), „como queda establecido por todos nosotros, añade el santo Doctor, no admitir apelaciones en punto de conducta y malversacion, como asimismo que cada uno defenderia su causa en el puesto en donde se hubiese cometido el delito, no debe tolerarse que aquellos que están bajo nuestro mando, corran por do quiera á sembrar la confusion y el escándalo; sino antes bien debe obligárseles á que se defiendan en los lugares en donde se hallan los acusadores y los testigos.”

12. Moderó estas divisiones intestinas la persecucion que volvió á encenderse. Apenas habia reinado veinticuatro ó veinticinco meses el Emperador Decio, cuando murió de la manera mas funesta; cuyo fin redujo al último apuro á los bárbaros que infestaban el pais del Danubio. Envió al General Galo con una parte del ejército para cogerlos á discrecion cortándoles el paso del rio, y con la otra se adelantó él para atacarlos y obligarlos á cuanto quisiera. Estaban los enemigos acampados á la otra parte de un pantano, en el que se entró inconsideradamente aquel Príncipe prudente y advertido, y murió con su hijo en medio de sus victorias. A Galo le acusaron de inteligencia con los enemigos, y esta sospecha pareció volverse certidumbre cuando se vió al General proclamado Emperador, y á su hijo Volusiano declarado César: á pesar de esto Galo hizo los mayores es-

(*) Este principio debe entenderse de modo que no destruya el derecho de apelacion al Romano Pontífice, como al Juez Soberano de todos los fieles, así Prelados como súbditos.

fuerzos para disculparse, casó con Volusiano la hija de Decio, y Hostiliano, hijo de aquel desgraciado Príncipe, tuvo el título de Augusto: mas murió poco despues, ó de peste, segun se dijo, ó por los artificios de su aparente bienhechor.

No fueron mas favorables al cristianismo que lo habia sido su antecesor los nuevos dueños de Roma; y siguieron de tal modo sus huellas en este punto, que se confunde no pocas veces la persecucion de Galo y Volusiano con la de Decio, bajo el nombre comun de la séptima persecucion. Abrazáronse aunque en la apariencia las preocupaciones vulgares, con motivo de la peste que desoló una gran parte del Imperio: imputóse este azote á los Cristianos, y se les quiso forzar á que sacrificasen á los dioses para mitigar su cólera.

13. El Papa San Cornelio fue el primer objeto de esta persecucion en Roma, en calidad de gefe de todos los fieles: pero al ver acometido al Pastor, acudieron en tropas sus ovejas, lejos de dispersarse; y aun muchos de los que habian caido en el precedente reinado vinieron á reparar aquel escándalo, y confesaron intrépidamente la fe. Fue desterrado el santo Papa, junto con muchas personas de su Clero: pero los perseguidores, que nunca lo eran de los enemigos del catolicismo, dejaron tranquilo á Novaciano. Murió San Cornelio en su destierro el mes de Setiembre del año 252, habiendo ocupado la Santa Sede por espacio de quince ó diez y seis meses. Fue puesto en su lugar, y sufrió el martirio pocos meses despues,

el Sacerdote Lucio , uno de los Confesores desterrados con él.

14. Empero una de las víctimas mas ilustres de esta persecucion fue el Sacerdote Hipólito , partidario de Novato y de Novaciano , cuya fama de virtud rayaba hasta el punto de ser tenido por incapáz de errar , en el sentir de aquellos que no profundizaban las cosas , siendo además de esto respetable por su edad y por sus luces. Siguióle en tropel , cuando le llevaban al suplicio , el pueblo , á quien instruía por largo tiempo. Preguntáronle ¿cuál era el camino de la verdad y de la salvacion? *Huid* , exclamó entonces en tono de profeta y como un hombre verdaderamente inspirado , *huid del infeliz Novato , y volved á la Iglesia Católica : en el momento mismo de tener que responder á la Verdad Increada ; el velo cae últimamente de mis ojos , y siento un arrepentimiento el mas amargo por lo que os enseñé en otro tiempo*. Leváronlo á Ostia , en donde residia el Prefecto de Roma ocupado en la pesquisa de los fieles ; y habiendo llegado el Confesor compareció el Prefecto sentado en su tribunal , y rodeado de verdugos é instrumentos de muerte de todas clases. Veíase junto á él una multitud de Cristianos , cuyo semblante macilento , y exterior sucio y descompuesto , indicaban las incomodidades horrorosas que por largo tiempo habian padecido en las prisiones. Mas no fue bastante todo aquel espantoso aparato de suplicios á intimidar siquiera á uno de los fieles , y el desnaturalizado Juez mandó que los matasen á todos de distintos modos : cortaron

la cabeza á los unos ; otros fueron crucificados , y el mayor número fue hacinado en un navío todo podrido , que echaron al punto á pique.

Sin la menor conmocion veía Hipólito todo esto ; é irritada la muchedumbre de su heróico valor pidió se le hiciese padecer un extraordinario suplicio , como que era el corifeo de los Cristianos. El Prefecto oyendo que le llamaban con el nombre de Hipólito , dijo : *que se le trate como á aquel cuyo nombre tiene* ; aludiendo á Hipólito , hijo de Teseo , tan celebrado entre los poetas. Buscaron al punto dos indomables caballos , uniéronlos á la fuerza con un tirante , del cual dejaron colgando una cuerda larga , y á esta ataron por los pies al Santo anciano. Luego soltaron aquellos fogosos caballos despues de haberlos irritado con repetidos golpes , y aun los espantaban sin cesar con sus gritos , para fomentar y animar su natural ímpetu. Quedó bien pronto el cuerpo del Mártir hecho trozos , y sus miembros esparcidos por todas partes : mas los fieles recogieron como pudieron todas aquellas preciosas reliquias , sin desperdiciar ni aun los pedazos de los vestidos y de las carnes que habian quedado pegadas á las zarzas , y empaparon esponjas en su sangre. Diferente es este Santo de otro San Hipólito , tambien Mártir , pero Obispo en el Oriente , sin que se sepa de qué Silla.

Entretanto la peste que los idólatras pretendian cortar sacrificando de este modo los Cristianos , se esparcia por todas las provincias , y crecian sus estragos con una violencia y una tenacidad nunca vistas.

Duró este azote diez años , y arrebató infinitamente mayor número de infieles , que Cristianos habian perecido á impulsos de su ciega venganza. Lejos de temer el contagio estos últimos daban socorros con heroica caridad , no solamente á sus hermanos , sino tambien á los idólatras que los perseguian con tanto encarnizamiento.

15. Señalaron en Cartago los Ministros de la Iglesia á cada uno de los fieles sus funciones particulares, para que suministrados con método los ausilios , fuesen mas eficaces. El ilustre Gregorio en Neocesaréa del Ponto sacó partido del azote de la peste para la conversion de los Paganos que quedaban. Habia principiado la enfermedad entre ellos , en una fiesta que celebraban en honor de sus falsas divinidades con una pompa y solemnidad extraordinarias. Prodigiosa era la afluencia de los ciudadanos y pueblos cercanos; y como no cupiesen todos en el lugar destinado á los espectáculos , gritaron á una voz en el esceso de su loco entusiasmo pidiendo á los dioses ensanchasen el sitio. San Gregorio lo supo , y dijo penetrado de dolor , que no tardarian en quedar mas anchos de lo que quisieran : y en el mismo instante se declaró la peste con tanta malignidad , que aquella multitud que no tenia número la contrajo casi toda á un mismo tiempo (1). No bastó ningun remedio humano á contener sus rápidos progresos , por todos los barrios de la ciudad reinaba la mas horrible desolacion : no solamente las casas particulares , sino tambien los edi-

(1) *Gregor. Nyss. in vit. Thaum.*

ficios públicos y los templos estaban llenos de muertos y de moribundos , y las calles se veían ostruidas con ellos. Abandonados los enfermos á ellos mismos, y destituidos de todo socorro , salian de sus casas trémulos y titubeando para ir á las fuentes á mitigar los ardores internos que los consumian. Otros habiendo perdido la esperanza de sanar , y temiendo no tanto la pérdida de un resto desdichado de vida , quanto la privacion de la sepultura , se iban arrastrando todavía vivos á los sepulcros para espirar en ellos : y en este duelo universal se veían ó creían ver entrar espectros en las casas , que iban siempre acompañados de la muerte.

Dieron al fin motivo tantas y tan crueles circunstancias para pensar que aquello podia ser un castigo del Dios de los Cristianos, mas que de las divinidades del paganismo que tan destituidas de poder se mostraban. Corrió al punto á buscar al Obispo el pueblo idólatra , cuya única presencia habia arrojado la enfermedad de algunas casas en que habia entrado, y prometiéndole todos seguir el Evangelio si por sus oraciones conseguia libertarlos de tan horrorosa calamidad. Oró el Santo y los libró ; pero ellos cumplieron tan generalmente su palabra , que no habiendo hallado Gregorio sino diez y siete Cristianos en la ciudad cuando le nombraron Obispo , tuvo el consuelo á su muerte de no dejar en ella mas que otro tanto número de idólatras.

16. Previó mucho antes el gran Gregorio el tiempo de su feliz tránsito , el que acaeció á principios

del Imperio de Aureliano. Los santos Padres, especialmente San Basilio (1), hablan de él como de un hombre prodigioso y singular aun entre los mismos Santos; comparable á los Patriarcas mas esclarecidos, á los Apóstoles y á los Profetas, tanto por sus milagros cuanto por sus virtudes. Mas no se distinguia menos por su condicion y la claridad de su talento; y su panegírico de Orígenes es uno de los trozos mejores de elocuencia de la antigüedad Eclesiástica. Tenemos á mas de esta pieza y el símbolo que escribió, su carta Canónica, dirigida á un Obispo que le consultaba sobre los diversos grados de penitencia, que el Santo distinguia ya desde entonces.

17. Desolaban el Imperio en todas las partes del mundo la peste, las guerras sangrientas, y las irrupciones de bárbaros. Entraron en Europa los Godos, los Borgoñones y los Carpos; y en Asia los Escitas y los Persas. Penetraron estos últimos hasta Antioquia, y la tomaron y entregaron al saco. Fueron saqueadas en África muchas ciudades de Numidia por aquellos Numidas vagamundos que moraban en lo interior del pais, á donde nunca habia arribado el yugo Romano. Se llevaron cautivos á muchos Cristianos de ambos sexos; y San Cipriano supo con horror el peligro en que estaban principalmente las doncellas Cristianas, y remitió de acuerdo con su pueblo una cantidad muy considerable para rescatar aquellos cautivos.

18. Durante estas desgracias pasaban torpemente la vida dados á los placeres Galo y su hijo Volusia-

(1) *Basil. lib. de Spirit. S. ad Amphilocho. cap. 23.*

no, encontrando mayor gusto y menor peligro en derramar la sangre cristiana, que la de los enemigos del Imperio. Marchó contra los Godos Emiliano, que comandaba el ejército de Panonia, sin haber recibido ninguna orden, y los derrotó. Mas la victoria sirvió de cebo á su ambicion, y haciéndose proclamar Emperador, se volvió en derechura á Italia. Fue muerto Galo despreciado de todos juntamente con su hijo por sus mismas tropas, que reconocieron pronto á Emiliano. Entretanto Valeriano, á quien Galo habia enviado á las Galias para conducir allá las legiones con los de Germania, supo el atentado de Emiliano; y como tenia á su mando fuerzas respetables, se hizo aclamar Emperador, y volvió á entrar en Italia.

19. No estaba Emiliano menos dispuesto á defender el interés grande que le animaba, aunque no tenia tanta gente; mas sus soldados que no tenian tan robusto motivo, compraron la paz á precio de su cabeza, y le degollaron á fines del mes de Agosto del año 253. Así quedó Valeriano único señor del Imperio, asociándose despues á Galieno su hijo. Era Valeriano muy estimado y querido de todos los buenos; y como el Emperador Decio quisiese restablecer el cargo de Censor, y encargase al Senado el elegir el sugeto mas á propósito para una dignidad tan crítica; los Senadores eligieron unánimemente á Valeriano, como el mas irrepreensible de todos los ciudadanos de Roma. Empero pronto se conoció que las cualidades mas eminentes de los empleados subalternos no son siempre las que se requieren para el trono. No tenia

el Censor Valeriano para ser Emperador ni suficiente grandeza de ánimo, ni bastante vigor en su carácter. Y como era de natural recto y benéfico trató con la mayor benignidad á los Cristianos en el principio de su reinado, mas que ninguno de los Emperadores precedentes; pues les conferia casi todos los empleos de confianza, y la mayor parte de las gentes de su casa seguia la doctrina del Evangelio. Aprovecharon los Obispos este favor pasajero para las sólidas ventajas de la Iglesia.

20. No habia esperado este tiempo el de Cartago para condenar la ignorancia ó el temor sacrilego de los Acuorios ó Acuarianos, que por la mañana usaban solo del agua en el santo Sacrificio, de miedo que el olor del vino les diese á conocer por Cristianos, mas no eran tan escrupulosos en el Sacrificio de la tarde, porque se acostumbraba entonces celebrar dos veces al dia; bien que el pueblo no solia acudir á este segundo, que era mucho menos solemne. Observó sin embargo el santo Pastor, que era necesario no ofrecer solo el vino, sino que era preciso mezclar un poco de agua en el cáliz, para manifestar la union del pueblo fiel con Jesucristo. Y hablando como pudiéramos hablar nosotros desde la condenacion de los últimos sacramentarios, dice: *el Sacerdote ofrece en la Iglesia un verdadero Sacrificio, cuando imita á Jesucristo que ofreció el Sacrificio de su cuerpo y de su sangre á Dios su Padre.* El Prelado se aplicó á la correccion de otros abusos, á proporcion que la Iglesia fue recobrando su quietud.

24. Celebróse el tercer Concilio de Cartago, al que asistieron sesenta y seis Obispos; y en él se confirmó la prohibicion hecha ya á todo fiel de nombrar en el testamento por tutor ó curador á un Clérigo; y se añadió la de celebrar los santos misterios en la muerte del que hubiese contravenido á esta sabia disposicion. Intentaron hacerse rehabilitar los Obispos y Sacerdotes que cayeron en la apostasia durante el curso de las persecuciones; pero hallaron la mas vigorosa oposicion, singularmente Basíldes y Marcial, Obispos de Leon y Astorga (*). Determinóse asimismo que era indispensable suministrar el bautismo á los niños, y la razon que se alegó para ello, y que

(*) Basíldes y Marcial, el uno Obispo de Mérida, y el otro de Leon y Astorga, turbaron por algun tiempo la quietud de las Iglesias de España. Ambos eran reos de gravísimos delitos; Marcial fue depuesto de su Obispado, y Basíldes lo renunció voluntariamente, aunque despues se arrepintió, y sorprendió al Sumo Pontífice San Estévan, con cuya autoridad pretendia se le restituyese á su Obispado. Los Prelados de España que los habian condenado por sus crímenes, y singularmente por haber sido del número de los Libeláticos, acudieron á San Cipriano y demás Obispos de Africa para que apoyaran su sentencia; y en el Concilio cuarto de Cartago de treinta y seis Obispos á quienes presidió San Cipriano, se declaró que Basíldes y Marcial habian sido justamente depuestos, y que las Ordenaciones de Salino y Felix colocados en su lugar debian tenerse por válidas. Desecháronse asimismo las cartas de Basíldes, que obrepticamente obtuvo del Papa San Estévan y presentó en dicho Concilio para ser absuelto. San Cipriano le hace mas criminal por haber engañado al Sumo Pontífice. Esta causa impulsó al gran Primado de Africa á escribir su bellísima carta á los Obispos de España; que es la 67 (alias 68) entre las suyas.

establece claramente la doctrina del pecado original, es, que si se concede á los grandes pecadores la remision de sus culpas por medio del primer Sacramento, mucho mejor debe concederse esta gracia á un niño que únicamente pecó en Adán segun la carne.

22. No ponía por su parte límites á su celo San Cipriano; escribió al Papa Estévan, sucesor de Lucio, que aunque habia diferentes Pastores en la Iglesia de Dios, cuidaban no obstante á un mismo rebaño, el que debia serles generalmente amado; y que ninguno de ellos podia mostrarse indiferente á aquello que los Obispos de las Galias escribian de la Iglesia de Arlés: que por lo tanto le pedia por el nombre de Jesucristo, de quien era Vicario, tomase las medidas mas eficaces para recoger y congregar las ovejas que el cisma habia dispersado, escómulgar á Marciano, su Obispo, y nombrar otro en su lugar. Tuvo la crueldad este Marciano, adicto á la secta novaciana, de permitir que muriesen sin reconciliacion unos renegados sinceramente convertidos, que pedian con lágrimas volver á ser admitidos en el seno de la Iglesia; y aun hacia alarde de haberse separado de la comunión de sus hermanos. Causó esta carta de mano de un Prelado estrangero, la mas viva impresion; y reunida á las peticiones de los Obispos de la Galia, contuvo en ella los progresos del novicianismo. Se ignora casi de todo punto lo que se determinó contra Marciano; pero como no se encuentra su nombre en los Dípticos de la Iglesia de Arlés, se cree fue borrado á causa de su cisma.

23. No fue de larga duracion esta buena inteligencia entre el Papa y el Primado de África á pesar de esto. Movióse entre los dos una viva y larga cuestion sobre el bautismo conferido por los hereges, que conmovió toda la Iglesia. Cipriano pretendia que el bautismo recibido de mano de los sectarios no era válido, y que era necesario rebautizar al que volvia despues al gremio de la Iglesia. Era antigua en Cartago la simiente de este mal: habia desechado ya en su tiempo Tertuliano esta clase de bautismos, y Agripino, uno de los Obispos predecesores de Cipriano, se ignora de cierto en que tiempo habia derogado la costumbre de tener por válido el bautismo de los hereges, que no alteraban la forma del Sacramento, y substituyó la de rebautizar. No parece con todo que este método fuese estable y uniforme desde su Pontificado hasta el de San Cipriano. Mas como el santo Doctor hallase razones á su parecer muy fundadas, para no tener por válidos los Sacramentos administrados fuera de la Iglesia, juzgó que debia seguir en la práctica otro partido mas seguro. Y siendo la materia de la mayor importancia, y teniendo Cipriano contra sí la costumbre mas generalmente recibida, reunió los Obispos de la provincia proconsular de África, en número de treinta y uno: todos opinaron lo mismo que su cabeza, y se dió cuenta de ello al Papa, como igualmente de las razones que les movian á pensar de este modo. Esta determinacion causó pesar al soberano Pontífice; por lo que el Obispo de Cartago juntó otro Concilio de setenta y un Obispos,

entre los que se hallaban los de Numidia. Convocó posteriormente á todos los Prelados de las tres provincias de África, esto es, de la África propiamente dicha, de la Numidia y de la Mauritania: se reunieron en número de ochenta y cinco, de los que quince habian confesado la fe en diferentes tribunales, y algunos con el tiempo lograron la corona del martirio; y todos unánimemente confirmaron las decisiones anteriores.

24. El Obispo de Cartago quiso además saber de positivo lo que sentian en la materia varios Obispos del Oriente, á los que sabia que el Papa habia escrito sobre el particular. Dirigióse á Firmiliano de Cesaréa en Capadocia, y este Prelado que era uno de los mas célebres de su tiempo, dejó escapar en su contestacion sin miramiento algunas espresiones fogosas contra el Vicario de Jesucristo. Mas reunia Firmiliano á sus muchas virtudes y rara piedad, uno de aquellos genios ardientes, que con dificultad guardan moderacion cuando creen que padecen persecucion por la verdad; y el Papa le amenazó privarle de su comunión con todos sus secuaces. Seguian la misma opinion que los de Capadocia los Obispos de Cilicia, de Galacia, y de los paises inmediatos; y en un Concilio que acababa de celebrarse en Iconio, se resolvió no desistir ni aflojar en este punto. Estuvieron muy lejos de condenar esta opinion San Dionisio de Alejandría, y aun San Gregorio el Taumaturgo, que vivia todavía en aquel tiempo, aunque no la seguian del todo. Tenia á su favor el Oriente mas poderosas

razones que la África, en donde no era muy antigua la costumbre de rebautizar, ó por lo menos no se habia observado invariablemente. Pretendia por el contrario Firmiliano con sus orientales, que esta doctrina les venia de Jesucristo y de los Apóstoles; y que á lo menos tenia en su favor la posesion inmemorial. Mas no notaba que como los hereges de aquel distrito habian desde luego combatido el dogma de la Trinidad, mudaban por consiguiente la forma del bautismo instituida por el Salvador, y transmitida por sus discípulos; con lo que la hacian nula. Así la verdad defendida por San Estévan se fundaba en la verdadera tradicion, y en el uso y costumbre del mayor número de Iglesias, no obstante tantas contradicciones.

25. Entonces el soberano Pontífice circuló un decreto concebido en estos términos: *Si alguno viniere á nosotros de cualquiera heregia, no se innove nada de lo que se ha seguido por tradicion, que es imponerle las manos para que reciba la penitencia.* Afligió en extremo esta determinacion á San Cipriano; y Firmiliano, reconocido tambien por Santo á lo menos en la Iglesia Griega, se mostró mas ardiente de lo que permitia su sabiduría y su virtud. Tan evidente es que las personas, aun las mas piadosas, no dejan de ser hombres, y que el mismo celo puede ser principio de muchos desaciertos.

Aunque no nos ha quedado prueba alguna segura que nos induzca á creer que el santo Obispo de Cartago mudó de opinion, se puede pensar con razon